

El primer principio que Marco Aurelio predica sin cesar, es éste: «No te inquietes por nada, no te asombres de nada, no admires nada, no aspire a nada, no hagas nada, no esperes nada, ⁽¹⁾ no alabes nada, no censures nada; nadie es mejor por las alabanzas, nadie es peor por las censuras; ⁽²⁾ sólo se hace ridículo el que admira algo; ⁽³⁾ el sabio queda indiferente á todo». ⁽⁴⁾

Esta doctrina es también el primer principio del quietismo elevado á su mayor altura, así como también del budismo más perfecto. En la historia de la filosofía, es conocida con el nombre de ataraxia ó indiferentismo. Desde luego, el estoicismo presentó ya desde su origen este principio al discípulo de la sabiduría, como la soberana regla de conducta que debía seguir. ⁽⁵⁾

El 2.º principio, igualmente predicado en todo tiempo hasta la saciedad por los estoicos, ⁽⁶⁾ es el llamado principio de la apatía, una consecuencia del orgullo más reconcentrado: «Todo mal, dice, tiene su asiento en la imaginación de los hombres. Que uno sufra, proviene exclusivamente de que cree sufrir. Existe, pues, la posibilidad de librarse de todo mal; para ello basta que uno modifique su opinión, y quedará libre de todo esto». Tal es, naturalmente, también el lenguaje del emperador filósofo. ⁽⁷⁾

Finalmente, el tercer principio, de donde se derivan todos los demás en Marco Aurelio, es el panteísmo. Sobre esto también el estoicismo y el budismo han estado siempre completamente de acuerdo; pero Marco Aurelio lo ha presentado de tal modo, que uno creería oír hablar á un budista de la más hermosa especie. Sin duda que habla á menudo de

(1) Marco Aurelio, *Comment.*, I, 15; III, 7, 12; VI, 16.

(2) *Ibid.*, IV, 20.

(3) *Ibid.*, XII, 13.

(4) *Ibid.*, VI, 32; VIII, 5.

(5) Diogen. Laert., VII, 116 y sig. Plutarco, *Stoic. repugn.*, XIII, 6. Cicerón, *Acad.*, I, 10; II, 44. Horacio, *Ep.* I, 6, I.

(6) Plutarco, *Stoic. repugn.*, XXX, 4; *comm. notit.*, XXXIII, 5. Epictet., *Dissert.* III, 26, 9 y sig. *Man.*, XVI.

(7) Marco Aurelio, IV, 7; VII, 68; VIII, 29, 47; XII, 22, 25, 26.

Dios, de quien todo parte y á quien todo vuelve; pero para él se trata del Todo-Dios. El alma de uno cualquiera es Dios, de donde ella viene. ⁽¹⁾ Naturaleza, Dios, Providencia, todo es lo mismo. ⁽²⁾ De aquí que pueda decir, sin ambages ni rodeos y sin contradicción alguna, que venimos de la naturaleza y que á ella volvemos. ⁽³⁾ Los recuerdos de las antiguas ideas relativas á la independencia personal del alma humana, ejercen todavía tal influencia sobre él, que por mucho tiempo vaciló entre la transmigración del alma y su completa disolución. ⁽⁴⁾ Pero el budista acabó por triunfar completamente en él, y se decidió por el aniquilamiento del alma, ⁽⁵⁾ aniquilamiento tan absoluto, que ésta ya no es nada ni existe en parte alguna; ⁽⁶⁾ sólo le falta la palabra nirvana; pero en él la cosa existe tan bien como en los indos.

Vese, pues, que rendir homenaje al estoicismo ó al budismo es casi idéntico. En apariencia, los contrastes que existen entre ellos distan mucho de ser pequeños; podría también creerse que no hay contradicción mayor que la que media entre el espíritu griego y romano, de un lado, y espíritu chino de otro. Sin embargo, ambos encontraron el medio de armonizarse, el primero mediante su estoicismo farisaico, y el segundo por su budismo cínico y saduceo. Si, pues, hoy los predicadores del panteísmo budista, como única concepción del mundo digno de nuestra civilización, son precisamente los que celebran á Marco Aurelio como el único verdadero Cristo de la humanidad, no hacen más que obrar muy lógicamente, según el punto de vista en que se colocan. Del mismo modo, también dan pruebas de ser consecuentes consigo mismos, cuando llegan hasta á predecirnos, como Carrière lo ha hecho, que en Europa no hubiéramos tenido muy pronto más que dos manua-

(1) Marc. Aurel., XII, 26.

(2) *Ibid.*, IX, 1.

(3) *Ibid.*, IV, 14.

(4) *Ibid.*, V, 13; VI, 15, 24; VII, 19, 50; VIII, 25; IX, 36.

(5) *Ibid.*, VII, 5.

(6) VIII, 5.

les religiosos, el *Catecismo budista* para los niños, y las *Meditaciones* de Marco Aurelio para aquellos á quienes los placeres han envejecido antes de tiempo y para los que están fatigados de la vida.

5. Últimas miras y manifestaciones de la antigüedad.—Semejante pretensión nos facilita felizmente la empresa de mostrar al mundo qué perspectiva sobre el porvenir puede tener, de seguir su inclinación más decidida por el budismo. Podemos estudiar esto en Marco Aurelio.

Como es completamente natural, toda la concepción del mundo de este filósofo ofrece un carácter profundamente pesimista, casi siempre sin energía, sentimental y melancólico, como en los indos y chinos; pero, además, sazonado con fuertes dosis de ese bárbaro menosprecio por el hombre, que era particular á los romanos.

Ejemplo es éste que muestra cómo una tendencia, optimista en el fondo, como lo era el estoicismo en general y el neoestoicismo del Emperador en particular, puede fácilmente convertirse en el más puro pesimismo, ó, para hablar más exactamente, un ejemplo que muestra cómo el optimismo no es otra cosa que el pesimismo mitigado. El pesimismo conoce todavía un mal; el optimismo lo llama bien, y consiste en dejarse caer perezosamente y sin voluntad en lo inevitable. El pesimismo exagera el mal, haciendo de éste el Dios del mundo; carece de fuerzas para trabajar contra él, es cierto, pero las conserva, no obstante, suficientemente para detestarlo. El optimismo, por el contrario, dobla la rodilla ante él. Que todos digan, pues, como Hegel y Marco Aurelio: «Todo lo que nos sucede es bueno»,⁽¹⁾ ó solamente como el último: «Todo lo que el mundo contiene no es más que vanidad y nada»,⁽²⁾ en ambos casos habrás dicho en el fondo la misma cosa. La única diferencia entre ambas expresiones consiste en que la última tiene una sombra de gravedad moral que no existe en la primera.

(1) Marco Aurelio, *Comm.* IV, 10.

(2) *Ibid.*, II, 17; IV, 32, 33; V, 33; VII, 3; IX, 29; X, 31; XII, 33.

De aquí que, á nuestro parecer, los términos pesimistas con que el Emperador se complace en hablar con suma frecuencia del hombre y, sobre todo, de la vida, por rudos y vulgares que á veces parezcan,⁽¹⁾ son, no obstante, menos repulsivos que aquellos con los cuales pasa ante los hombres y ante el mundo con soberbio desdén, como si nada hubiese que mejorar en ellos, como si esta multitud degradada no fuese digna de que un espíritu tan elevado como el suyo descendiéndose hasta ella.

Vemos aquí cómo ese quietismo, que hace ostentación de su virtud, no es más que el desarrollo de un orgullo que no permite que nadie se le acerque.

«No te inquietes por los otros, dice, bastante tienes con cuidarte de ti mismo. «¿Para qué mezclarte en cosas tan numerosas? Sigue tu camino, sin mirar ni hacer más que lo que sea necesario». (2) «Reconcéntrate en ti mismo». (3) «Nada puedes cambiar en el mundo». «Lo que ha de llegar, llega, y no puede suceder de otro modo». «Es ridículo pedir que los hombres cambien, porque esto es imposible». (4) «Posible es que alguien caiga en el error; por ello es preciso que intentemos instruirlo; (5) pero esto es todo lo que es permitido hacer. Aunque te mates, no podrás cambiar el estado de las cosas». (6) «¿Qué te importa que los otros sean malos? Deja que el pecador deposite su pecado donde quiera. ¿Acaso tienes tú necesidad de corregirlo. Este es asunto suyo; el tuyo consiste en no perder tu tranquilidad de alma por tan poca cosa». (7) «Ponte en

(1) Mar. Aurel., II, 16; IV, 28, 29; V, 10; VIII, 24, 37; IX, 14, 29, 36; XII, 33. Cf. VI, 13; V, 28; X, 26, 28.

(2) Marco Aurelio, III, 4; IV, 18, 24; V, 15.

(3) *Ibid.*, III, 14, 16; IV, 3.

(4) *Ibid.*, IV, 6; V, 28; IX, 42; X, 30; XI, 18, 10; XII, 16.

(5) *Ibid.*, VI, 27; VIII, 17; X, 4.

(6) *Ibid.*, VIII, 4.

(7) *Ibid.*, IV, 26; V, 25; VII, 29; IX, 20; XI, 18; XII, 16, 26. ¿Cómo Marco Aurelio pudo olvidar estos principios de tolerancia con relación á los cristianos, hasta el punto de no escatimar ni su sangre ni su vida? Esto se explica porque la filosofía imperial no admitía ninguna verdad objetiva. «Todo, dice, no es más que opinión personal. Así, pues, el que no admite este carácter para lo que cree ó enseña, como lo hacen los cristianos, es reo

guardia contra todo lo que pueda robarte esta tranquilidad; contra la cólera, contra los cuidados, contra el dolor, contra el combate que ha de librarse al mal, contra las lamentaciones y contra el exceso de celo por el bien. El que se entristece con motivo de enfermedades, de la muerte y de la honra, es un loco». ⁽¹⁾ «El que se queja de algo, —que se nos perdone, si repetimos la expresión de que se sirve el filósofo imperial— es un puerco que se rebela y grita cuando van á matarlo». ⁽²⁾ «Inútil es combatir los deseos que se levantan en nosotros. Sin esto, el espíritu está ya—vese aquí el verdadero quietismo ⁽³⁾—muy por encima de la carne. ⁽⁴⁾ Por otra parte, en todo esto no hay nada que no sea natural». ⁽⁵⁾ «Que las cosas sucedan bien ó mal para los otros, que éstos obren bien ó mal, ⁽⁶⁾ no debe inquietarnos. Suceda lo que suceda, es sumamente fácil no dejarnos turbar en el reposo; todo consiste en deshacernos de lo que es enojoso, y todo marchará perfectamente. ⁽⁷⁾ Sólo una cosa hay que temer, y consiste en meterse en lo que no es necesario». ⁽⁸⁾ «No te inquietes, pues, jamás por el porvenir; preocúpate únicamente de lo presente». ⁽⁹⁾ «Vive como hombre de honor, y deja las cosas que sigan su camino». ⁽¹⁰⁾

Nada tan cómodo como la vida, mirada desde este punto de vista. Todo consiste en comprenderla. Ahora bien, no sólo Marco Aurelio la comprendió, sino que procuró enseñarla en términos que recuerdan las épocas más bri-

de obstinación». (*παράταξις*). *Comment.*, XI, 3. Esto demuestra lo poco que se necesita para turbar la tranquilidad penosamente alcanzada de la conciencia tolerante.

(1) Marco Aurelio, IV, 44, VI, 2.

(2) *Ibid.*, X, 28.

(3) Molinos, Pr. 47 (Denzinger, *Enchiridion. symbol.*, n. 1143).

(4) Marco Aurelio, V, 26.

(5) *Ibid.*, VII, 43.

(6) *Ibid.*, X, 13.

(7) *Ibid.*, V, 2.

(8) *Ibid.*, III, 4; X, 2.

(9) *Ibid.*, VI, 1.

(10) *Ibid.*, III, 16.

llantes de la sofística. Los jefes del racionalismo moderno han dado pruebas de que participaban del sentimiento de afinidad, al colmar á Marco Aurelio de alabanzas, como lo hacen. Porque no sólo el fondo de su árida filosofía, sino también la forma en que la expone Marco Aurelio, han debido conquistarle sus favores.

Ellos deben lindamente sentirse como en su casa al profesar una doctrina que tiene por principio: «No te rompas la cabeza; toma las cosas como son. Aunque alguien, por ejemplo, te anuncie que has sido calumniado, debes permanecer indiferente; aunque sepas que alguno te ha hecho mal, no has de dolerte de ello». ⁽¹⁾ Otras veces Marco Aurelio usa este lenguaje: «No es tan difícil moderar el dolor, ya que no es tan grande como lo cree el hombre que no reflexiona. Piensa únicamente en esto, á saber, «que lo pasado ya no hace mal—esto está por saber—y que el porvenir todavía no hace mal. Sólo el presente hace, pues, mal. Ahora bien, como esto es cosa de un momento, no puede ser muy doloroso. ⁽²⁾ Si el dolor es intolerable en realidad, por este solo hecho, te quita la vida. ⁽³⁾ Si no te quita la vida, no es intolerable. Recibes únicamente las impresiones por el espíritu; pues bien, piensa en tu espíritu que el dolor no existe, y no existirá; reconcéntrate en tu espíritu, ⁽⁴⁾ y los miembros quedarán desligados de ti; y entonces, que formulen sobre el dolor el juicio que quieran, si pueden hacerlo sin el espíritu». ⁽⁵⁾

Semejantes motivos de consuelo nos parecen ser pura carencia de sentido común, una burla de la naturaleza, de la razón y de los que sufren. Sin embargo, la filosofía del orgullo hace mucho caso de esta elevación de la inteligencia, y lanza una mirada de supremo desdén sobre los que no pueden elevar su vida á semejantes alturas. ⁽⁶⁾

(1) Marco Aurelio, VIII, 49.

(2) *Ibid.*, VIII, 36.

(3) *Ibid.*, VII, 33.

(4) *Ibid.*, IV, 7; VII, 68; VIII, 29, 47; XII, 22, 25, 26.

(5) *Ibid.*, VII, 33.

(6) *Ibid.*, VII, 27; IX, 35; XI, 33.

Pues bien, que diga quien pueda lo que semejante concepción de la vida tiene que hacer todavía con la vida. ¿Será demasiado afirmar el considerarla como la prueba más innegable de que los tiempos en que reinaron semejantes principios acabaron con la vida é hicieron un pacto con la muerte?

«Todo ha terminado, todo es nada». Tal fué la última palabra de la antigüedad al doblar su cabeza para el sueño eterno. «Dejadnos, pues, con vuestros discursos del buen tiempo viejo, sobre los hermosos días y las grandes acciones de otros tiempos. Nada hay grande ni nada ha sido hecho grande jamás. Mirad únicamente si hoy hay algo que valga la pena de que se hable de ello; pues lo que ocurre hoy, ocurrió siempre. Todo ha sido siempre lo mismo; nada hay nuevo». ⁽¹⁾ «Todo no es más que pura apariencia que se disipa como vapor y humo. Ora sea Augusto, ora Adriano el que reine, ¿qué diferencia hay en ello?» ⁽²⁾ Alejandro se ha convertido en polvo y lo mismo sus palafreneros. ⁽³⁾ ¿Qué es el recuerdo, qué es la gloria después de la muerte, qué es la responsabilidad y qué es el honor? ⁽⁴⁾ Todo ello nada era antes, nada será después; todo es absolutamente lo mismo, todo nos desplace». ⁽⁵⁾ «Que esta situación termine pronto. ¡Ven, oh muerte, y no te hagas esperar. Tú no podrías, con todo, olvidarnos. ⁽⁶⁾ Esto no vale la pena de jugar por más tiempo el juego de la vida. Todo no es más que comedia; alguien querría que esta comedia tuviese 5 actos, pero es preferible dejar caer el telón al final del tercero». ⁽⁷⁾ «Espectadores, aplaudid; todo ha terminado».

Así terminó la antigüedad, con estas indignas palabras con que el gran Augusto acabó sus días; ⁽⁸⁾ y así también, el miserable Petronio, que había gozado del mun-

(1) Marco Aurelio, VI, 37; VII, 1; VIII, 6; IX, 28. X, 27; XI, 1.

(2) *Ibid.*, VIII, 5.

(3) *Ibid.*, VI, 24.

(4) *Ibid.*, VIII, 25; XII, 27.

(5) *Ibid.*, VI, 46.

(6) *Ibid.*, IX, 3.

(7) *Ibid.*, VI, 36.

(8) Suetonio, *August.*, 99. Cf. Epicteto, 1, 24, 10.

do como ningún otro, resumió toda la experiencia de su vida en las palabras siguientes: «Todo el mundo es comediante». ⁽¹⁾

Nos compadecemos de Marco Aurelio por su triste fin. Mejor suerte hubiera merecido este hombre, y, seguramente, mejor la hubiera encontrado, si hubiese servido mejor causa.

Sin embargo, es un consuelo para nosotros el que sea Marco Aurelio quien enterró la antigüedad, y no Nerón ó Domiciano. En él, que fué uno de los mejores héroes pero también uno de los más festejados de la vida pagana, vemos la profunda diferencia que media entre la antigua cultura, que desaparece con él, y la nueva, que hizo germinar la sangre de los mártires. Sería un triste honor para la nueva religión el que, como ordinariamente se le echa en cara, ⁽²⁾ no obtuviese todo su esplendor, sino agrupando, para mejor acentuarlos, los espíritus más oscuros del Paganismo. Ciertamente fué esta una disposición muy prudente de la Divina Providencia, la cual, en medio de todas las perplejidades y del descorazonamiento de entonces, hizo recaer el triste honor de enterrar los últimos esfuerzos y la última esperanza del mundo antiguo en un filósofo y en un príncipe relativamente bueno.

Cuanto más compadezcamos á este hombre excelente de haberse rebajado tanto por la causa que representaba, más nos aparece rodeado de brillante aureola el nuevo orden de cosas inaugurado por el Cristianismo. ¡Con qué alegría y aire victorioso partían á las minas aquellas jóvenes egipcias y aquellos esclavos galos! ¡Cómo marchaban valerosamente á la tortura y á la muerte más espantosa, mientras que los últimos filósofos del paganismo pasaban su vida en la melancolía más profunda, mientras que, próximos á la locura, atentaban contra sus días, y mientras que, á pesar de su potencia y su sabiduría, aquel, que

(1) Petronio, 125, *totus fere mundus mimum videtur implere.*

(2) Merivale, III, 606.

era entre ellos el dueño del mundo, desesperaba de sí, de la vida, del porvenir y del presente! ⁽¹⁾

Eran aquellas dos sociedades separadas, diferentes en su origen y diferentes por su naturaleza. Allí es una vida que se aleja siempre más y más de las cumbres luminosas á que en otro tiempo conducía, de Dios, para ir á perderse finalmente en la tierra, en medio de las sombras de la muerte; ⁽²⁾ aquí un camino estrecho y áspero, es cierto, pero más luminoso y más fácil. Porque la luz que lo esclarece es el sol que asciende por el Oriente, y el aire que lo orea es la misericordia de nuestro Dios, que ha descendido hasta nosotros, para esclarecer á los que se hallan en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y para dirigir sus pasos por la vía de la paz. ⁽³⁾

(1) Porfiro, *Vita Plotini*, 11.

(2) Is., LX, 2.

(3) Luc., I, 77 y sig.

CONFERENCIA II

ORIGEN DEL CRISTIANISMO

1. Idea del progreso: no puede haber más que un progreso limitado.— Maravillosa es la luz del progreso que penetra por completo la naturaleza. Nunca aparece una clase de seres sin que haya sido anunciada y preparada por otra clase precedente. Desde el primero hasta el último grado de la escala, no hay en ninguna parte una laguna, un salto, ⁽¹⁾ una separación. El fin de una serie es el comienzo de otra nueva. ⁽²⁾

Sólo que, en toda nueva clase, se une una perfección nueva á las perfecciones que hasta entonces se habían desarrollado. De aquí que el grado más bajo toque en el grado más elevado, pero, del propio modo, éste está completa-

(1) La expresión: *la naturaleza no obra por salto*, se encuentra en esta fórmula de Séneca: Non fit statim ex diverso in diversum transitus (*Quest. nat.*, 2, 14). Cf. Gregor. Magno, *in Ezechiel*, 2, 3, 3. Aristóteles expresa también este pensamiento en estos términos: Todo movimiento (y en este comprende todo progreso: *Categor.*, 11 (14), 1. *Topic.*, 2, 4, 3. *Anima*, 1, 3, 3) es ininterrumpido, continuo (*συνεχης*), como todo tamaño. *Phys.*, 4, 11 (16), 3; 5, 4 (6), 9. *Metaphys.*, 11, 6, 2. Cf. también á Eudemio, *Moral.*, 2, 3, 2. En ninguna parte hay lagunas en la naturaleza: οὐχ ἐνδέχεται νοεῖν οὐδὲν ἀνευ τοῦ συνεχοῦς (*Memor. et remin.*, c. 1, III, 495, 1. *Par.*); cf. *Phys.*, 4, 8 (12), 15. Allí donde hay interrupción ó laguna, allí termina el progreso. Aristóteles, *Phys.*, 8, 7 (10), 3. Como es natural, la escolástica se adhirió por completo á esta doctrina. Santo Tomás, *in Phys.*, l. 4, lect. 17, text. 99; l. 5, lect. 7, text. 29; l. 8, lect. 3, text. 15. Videmus naturam in suis operibus ordinate de uno in aliud procedere. 1. d. 8, q. 3, a. c. *In Dionys. de nomin. div.*, c. 7, l. 4; 1, q. 71, a. 1 ad 4. Sobre todo *C. Gentes*, 2, 68. Cf. Pesch, *Natur. Philos.*, 353 y sig. Baumgartner, *Goethe's Lehr und Wanderjahre*, 274 y sig.

(2) Dionisio Areopagita, *De divin. nomin.*, c. 7, § 3 (Corder, I, 606 d.). Sto. Tomás, *C. Gentes*, 2, 68. Ferrariense, *Commentar.*, in 2, 68. *C. Gentes*. Aristóteles, *Hist. an.*, 8, 1, 2: οὕτω ἐξ τῶν ἀψύχων εἰς τὰ ζῶα μεταβαίνει ξατὰ μέρη ἢ φύσις, ὥστε τῇ τυνεχίᾳ λαυθάειν τὸ μεθόριον αὐτῶν ξαί τὸ μέσον, ποτερον ἐστίν.